

XXX

La humildad

295 Arraigaos en la humildad y en el desprecio de vosotros mismos.

296 Una de vuestras continuas prácticas ha de ser la aniquilación de vosotros mismos. Un acto de destrucción es saberse vil y complacerse de ser tenido por tal.

297 Tened un profundo conocimiento de vuestros defectos y del poco fruto que sacáis del bien que Dios os concede, pensando que cualquier otra alma sería más agradecida que vosotros.

298 Conoceos a vosotros mismos; sed siempre el más humilde, el más respetuoso, el más humillado y despreciado.

299 Tan arraigada debía estar en vosotros la humildad, que habíais de estar siempre deseando recibir ofensas de las criaturas.

300 Cuidad y esforzaos por manteneros siempre en la misma humildad y sumisión con que habla el novicio el primer día.

301 No os preocupéis de hacer obras grandes en apariencia, porque especialmente en ellas se esconde una clase de soberbia muy peligrosa para el alma.

302 Es más útil y seguro el hacer obras que parezcan pequeñas, pero que sean verdaderamente grandes por la pureza de intención, porque Dios se complace sumamente en ellas y no están expuestas a los ataques del enemigo; obrad siempre bien y con fervor, buscando constantemente lo más perfecto.

303 No os dejéis aventajar por los prudentes del mundo, que tienen sus tesoros ocultos; procurad tener en lo más íntimo del corazón muchas obras buenas que sólo Dios conozca, porque éstas son las más apreciadas en el Cielo.

304 Es muy necesario al alma el tener ocultas las luces interiores y buenos deseos que

Dios le comunica, porque al mostrarlos es fácil le sean quitados.

305 Sin humillarse delante de las criaturas, encuentro muy difícil que lo hagáis ante el Crucificado; así, pues, no digáis que os basta el Crucificado y que no os preocupáis de nadie más que de El.

306 Jesús se complace mucho en el alma que es humilde y se somete por humildad incluso a sus inferiores. Esta virtud es el cimiento de las otras para adquirir la vida eterna.

XXXI

Mansedumbre y paz

307 Tened pleno dominio de vosotros mismos, de vuestras pasiones y movimientos desordenados; así llegaréis a poseer a Dios y gozaréis de una gran paz.

308 Procurad ser pacíficos, pero nunca con aquella paz que no quiere saber nada de la guerra; porque sólo luchando se alcanza la verdadera paz según Dios.

XXXII

El sufrimiento

309 Permaneced alegres y firmes en medio del sufrimiento, pensando que es el camino real por el que se llega al cielo; que esta vida es sólo un momento, y que, además, padeciendo tenéis la ventaja de imitar a Jesús Redentor.

310 El sufrimiento es algo tan precioso y tan noble, que el mismo Verbo, aun habitando en el Seno del Padre, rodeado de todas las riquezas y delicias del Paraíso, vino a la tierra sólo para padecer por nuestro amor; y El era Dios, y no podía engañarse. Cuidad, pues, de no engañaros vosotros.

311 Muchas veces el alma adquiere más verdaderas y sólidas luces en medio del sufri-

miento que siendo persuadida con ayuda de palabras, aunque al principio sea necesario mostrarle la utilidad de la virtud.

312 Recordad que el alma que no sufre ni se esfuerza en el servicio de Dios no es digna de llamarse esposa del Verbo.

313 Dad gracias al Señor por todas las cosas que os producen sufrimiento; así alcanzaréis la perfección rápidamente.

314 Procurad tener siempre un fondo de riquezas ocultas que sólo Dios conozca, esto es, alguna tribulación interna o dolor físico, que permanezca ignorado de todas las criaturas.

315 Si queréis padecer algo por amor a Jesús, procurad que los demás no conozcan vuestros deseos, querer e inclinaciones, antes bien, dad a entender que es de vuestro agrado todo lo que no os gusta y por lo cual sentís repugnancia; así, mientras creen daros un gusto, vosotros sufriréis al tener que haceros violencia.

316 Cuando os encontréis tristes, y os parezca que estáis desamparados y abandonados, arrojaos en los brazos de Dios, Padre benignísimo, que os ampara con ellos abiertos en la

cruz, y os convida a aquel manjar que para Sí mismo eligió, queriendo ser abandonado y desamparado, como demostró con aquellas palabras: *Deus, Deus meus...*, etc.

317 Que Jesús crucificado sea vuestro espejo, y la cruz vuestro reposo; poned todo vuestro empeño en pareceros a este Divino Modelo, porque El tanto más os amará cuanto más privados de todo consuelo interior y exterior padecáis cualquier cosa por su amor, y os llenará de gozo en ese mismo padecer. Obrando así, poseeréis el paraíso en esta vida, y todas las contrariedades os serán causa de mayor contento y alegría.

318 La señal más inequívoca de ser amados de Dios es el padecer alegremente por su amor. Por eso Jesús, hablando de la tributación, añade: "*Gaudete et exultate quoniam merces vestra etc.*" Y advertid que no sólo dice *gaudete* en vuestro interior, sino también *exultate* exteriormente.

XXXIII

Pureza de intención

319 Antes de hacer algo, incluso antes de hablar de ello, mirad si es del agrado de Jesús.

320 Cuando el alma quiera ejecutar cualquier acto, debe ante todo celebrar un consejo dentro de sí misma, esto es, premeditar y considerar bien con qué intención se mueve y qué fin pretende con esta obra; y en este consejo debe siempre elegir a Dios, o sea, tener como único fin de aquel acto a El y a su amable voluntad.

321 Obrad siempre con pureza de intención, no buscando jamás el agradar a las criaturas, ni el ser estimado por ellas.

322 No os preocupéis más que de Dios; no tendáis con vuestra voluntad más que a El, y a su gloria y honor con vuestras acciones, aunque sean insignificantes.

323 Cuando pidáis alguna dispensa, pedidla con pureza de intención.

324 La pureza de intención tiene la virtud de santificar nuestras obras.

325 Cualquier cosilla que hagáis para gloria de Dios, incluso el mismo reposo, tendrá un valor inmenso.

326 La pura intención de hacer todas las cosas para gloria de Dios tiene la fuerza de convertir en grandes valores las cosas pequeñas.

327 El que realice todas sus obras para dar gloria a Dios, ha de ir al cielo sin pasar por el purgatorio.

328 A tenor de pureza nos premiará Dios en la otra vida.

329 Ni la multitud ni la grandeza de las obras nos harán grandes en el paraíso, sino sólo la pureza de intención recibirá el premio de Dios. Y muchas veces, una obra pequeñísima,

hecha con este puro fin, es importante a los ojos de Dios; por el contrario, obras importantes por sí mismas, al estar realizadas por un móvil humano, el Señor no las estima ni aprecia.

330 Nuestro Dios es la misma pureza, y quiere que sus consagrados caminen con suma perfección en su servicio; obrad, pues, con pureza, desprendidos de vosotros mismos en todas las cosas.

331 Si en todas las cosas desecháis vuestra voluntad, y preferís padecer a gozar, al final os encontraréis con que habéis obrado con pureza de intención, porque en el verdadero sufrimiento no se mezclan los intereses propios; así pues, el camino del dolor es seguro y muy agradable a Dios.

332 No os unáis a gusto y amor alguno si no sólo a Dios.

333 No os apeguéis jamás a ninguna criatura con afecto desordenado, antes bien, amadla sólo porque Dios la ama, y es un precepto suyo el que vosotros la améis.

334 Son obstáculo a esta divina pureza todas las obras, pensamientos y palabras que

se desvíen del estado y dignidad de la religión, tales como cualquier mínimo anhelo que se aparte del querer divino; todo insignificante deseo de gloria, y hasta de santidad; la menor duplicidad con Dios y con las criaturas, la más ligera disimulación de la verdad, el más pequeño juicio menos santo del prójimo; toda palabra no recta y ociosa, y todo pensamiento que no sea Dios, o pertenezca a sus cosas, o a la salvación, perfección y necesidad del prójimo.

XXXIV

La voluntad de Dios

335 Procurad que la divina voluntad sea la norma de vuestros deseos.

336 Desead siempre que se cumpla en vosotros la voluntad de Dios y que la cumplan también vuestros hermanos, porque Dios, que es justo remunerador, no se olvidará de anotar estos deseos en el Libro de la Vida.

337 No os preocupéis ni busquéis otra cosa que el hacer la voluntad de Dios; yo creo que un alma se puede salvar sólo con esta intención de desear y buscar siempre el hacer la voluntad del Señor; es la señal de amarle con puro y perfecto amor.

338 Si queréis cumplir la voluntad divina, guardaos de inclinar la voluntad de los

superiores a vuestro propio querer, antes bien, no busquéis otra cosa que seguir sencillamente sus disposiciones; así llegaréis a una gran perfección.

339 ¡Qué gran cosa es el que en todo momento podamos cumplir la voluntad de Dios, siempre que realicemos lo que nos impone la obediencia.!

340 Obrad siempre para cumplir la voluntad de Dios, porque esta pura intención tiene la virtud de santificar todos los actos. ¡Cuánto perdemos por no intentar este comercio! ¿No sentís la suavidad que contiene esta sola palabra: voluntad de Dios?

341 Aceptad todo lo que viene de la mano de Dios y conformaos con su voluntad, bien que os envíe una enfermedad o cualquier otra cosa, pensando que eso es lo que El quiere de vosotros en ese momento.

342 Siempre que os oprima la tribulación, procurad estar muy alerta para no desplazarla de su fuente, que es la voluntad de Dios, porque si la arrancáis de allí, se os convertirá en una carga insoportable e imposible de sobrellevar.

343 El alma puede corresponder en parte a la gran deuda que tiene con Dios, ofreciéndole el perfecto holocausto de sí misma, mediante el abandono a su querer divino, de tal modo que, ya la quiera el Señor en la tierra, en el cielo, o en el mismo infierno, ella permanezca contenta al ver cumplida con esto la voluntad de Dios.

XXXV

Presencia de Dios

344 Procurad, en cuanto os sea posible, tener una constante presencia de Dios en todas vuestras obras, porque el alma que tiene al Señor presente, especialmente en el misterio de su Pasión, caerá mucho menos en los defectos habituales y adelantará mucho en el servicio divino.

345 Tened siempre presente el grandioso espectáculo del Dios-Hombre clavado en la cruz, y dejaos iluminar por los resplandores de sus virtudes, especialmente de las que le habéis prometido mediante los votos.

XXXVI

Trato y unión con Dios

346 Que vuestro primer pensamiento, al despertaros por la mañana, sea el recuerdo de Dios, que habita en vosotros; volved a El vuestro corazón y vuestra alma, ofreciéndoo por entero en holocausto, y haced de este recuerdo la meditación de todo el día.

347 Desead alabar y contemplar a Dios con todos los escogidos que en aquel momento le están unidos por la oración.

348 Al oír la señal para levantarse, hacedlo rápidamente y adorad de rodillas a la Santísima Trinidad, rogándole que os preserve durante el día de todo pecado.

349 Dad gracias a Dios por haberos conservado durante la noche, y pensad que cada día es el primero en que comenzáis a servir al Señor, y que puede ser también el último de vuestra vida.

350 Ofreced a Dios la acción de vestiros, en unión de aquel acto por el que el Verbo divino asumió la naturaleza humana. Pedidle os conceda la gracia de revestiros de su divinidad y que os haga partícipes del amor a las criaturas que tuvo El al tomar nuestra carne, y del celo que tenía por la gloria del Padre.

351 En todos los movimientos y obras, tanto internas como externas, dirigid a Dios una intensa y amorosa mirada, pidiéndole ayuda y suplicándole que sea El mismo el que obre, piense y hable por vosotros.

352 Si deseáis llegar en breve tiempo a la perfección, tomad por maestro al Crucificado y permaneced atentos a sus palabras, porque El habla de continuo al corazón; y el que aprende de Jesús, no tiene necesidad de otros libros, ni de más enseñanzas.

353 Si cada vez que sentís un buen deseo lo agradecéis a Dios, y por estos dones os

movéis a pensar en El, adquiriréis capacidad para recibir del Señor muchas gracias y virtudes.

354 La reflexión sobre vosotros y sobre Dios, que os aconsejo tengáis a menudo, consiste en un íntimo conocimiento de la propia bajeza y abyección, y en una elevación de la mente hacia la grandeza y esencia de Dios, junto con una intensa alegría ante su gloria y sublimidad.

355 Tened siempre el espíritu ocupado en Dios, que yo creo que en esto precisamente se halla la felicidad del alma en la tierra; el alma que obra así jamás está turbada, porque, al tener continuamente los ojos fijos en Dios y comprender que Dios no quiere tal turbación, no la dejará entrar dentro de ella.

356 Jamás debéis considerar pequeño lo que os puede apartar de Dios.

357 Ya sé que es imposible pensar siempre en Dios de una manera actual, pues eso sólo podremos conseguirlo en el cielo de forma perfecta; pero lo que sí podemos hacer es permanecer unidos a Dios haciendo de El nuestro fin; porque vivir en su unión no es otra cosa que trabajar y obrar siempre sólo por El, por agradarle y honrarle y por darle gloria.

358 Pensad que el Dios que se ha hecho vuestro Esposo es la misma pureza.

359 Dios aspira a que las almas de sus consagrados tengan escrito en su corazón que El es un bien atractivo, comunicativo y comprensivo, en medio de las tinieblas.

360 No os preocupéis más que de Dios y de agradarle sólo a El; que vuestra voluntad no desee nada fuera de El; esto es lo que pretende alcanzar vuestro estado y vuestros santos votos.

361 Considerad la dignidad de vuestra vocación, y en lo santamente que debéis obrar para mostraros agradecidos por tan gran beneficio y responder a las exigencias de vuestra vocación.

362 No dejéis jamás de ofrecer la Sangre de Cristo; que estos ofrecimientos sean tan continuos como las caídas, y no os contentéis con hacer esto sólo por vosotros; ofrecedla también por las almas que se encuentran en peligro de perderse.

363 Rogad continuamente a Dios por vuestros prójimos; así corresponderéis en parte a la gran deuda que tenéis contraída con El.

364 Obrad siempre con tranquilidad de espíritu, no vaya a ser que sintáis tedio del servicio de Dios.

365 Durante la comida, tened la mente fija en el cielo, pensando un poco en el alimento suavísimo que sustenta a los bienaventurados y aspirad a las cosas celestiales.

366 Al gustar el deleite de los alimentos terrenos, elevaos a gozar de la inmensa dulzura y suavidad de su Creador.

367 En la primera pausa durante la comida, adorad a Jesús con suma reverencia por la gloria que la humanidad del Verbo dió a la divinidad, antes de que ésta tomase el manjar divino de sus obras, esto es, antes de que comenzase a trabajar por la salvación de las almas; y veneradle también con gran respeto por aquella adoración con que la Virgen María honró a este Verbo divino cuando le contempló recién nacido en el pesebre, antes de darle el primer alimento.

368 En el segundo descanso, pensad en la predicación del Verbo y en el incomparable placer que sentía al dar como alimento a su alma el manjar de la salvación de las nuestras, ale-

grándose porque el alimento suyo era sustento nuestro.

369 En el tercer descanso, elevad vuestro pensamiento al Verbo divino tendido en la cruz, una vez terminada la obra de la redención, de la que quedó tan satisfecho como todo el que, ya saciado, no desea ningún otro manjar. Quedó Jesús, por decirlo así, tan a gusto de la obra de nuestra salvación, y tanto gozo le proporcionó, que aunque hubiese creado nuevos mundos y realizado infinitas obras admirables, en ninguna se complacería tanto como en ésta de nuestra redención.

370 Al dar gracias, terminada la comida, pensad en el agradecimiento que le debéis a Dios por lo mucho que os ha amado y ama, y así como os unís a vuestros hermanos para agradecerle el alimento que os ha concedido, así también deben unirse todas las potencias de vuestra alma, para agradecer juntas a Dios éste y todos los innumerables beneficios de El recibidos.

371 Cuando en la sala de trabajo debáis guardar silencio, pensad cuánto agradaron al Eterno Padre las obras que su Unigénito, el Verbo, realizó por nosotros durante su vida oculta

hasta los treinta años; calculad el gran valor que tendrían y ofreced estas obras vuestras en su unión. Considerad también cuán agradables son a Dios aquellas obras de sus escogidos, conocidas tan sólo de El, y procurad hacer muchos de esos actos que, siendo ocultos para los hombres, están bien patentes a Dios.

372 Durante las Vísperas, encendeos en deseos de participar de aquella sed de la gloria del Padre y de padecer por las almas que abrasó al Verbo en la cruz; aspirad a poder decir con El: *Consummatum est*; esto es, que esta gloria suya consuma en vosotros todo afecto desordenado hacia vosotros mismos y hacia las cosas terrenas y que sólo os mueva la pura gloria y el honor de Dios, y ofreced a Jesús esta alabanza en unión de las siete palabras que dijo en la cruz.

373 Durante el rezo de Completas, procurad reparar todas las faltas cometidas durante las otras Horas, por ser ésta la última.

374 Al terminar la tarde dando gracias, y recogidos dentro de vosotros mismos, acordaos del juicio y de que entonces serán descubiertos todos vuestros pecados a la faz de todo el mundo.

375 Antes de acostaros, besad las llagas de Jesús, abandonaos por entero en El y rogadle que os esconda en su sacratísimo costado y en su amoroso Corazón, y que con la llama de su ardiente caridad consuma toda la miseria de vuestras imperfecciones y defectos.

376 Ofreced a Dios el descanso que vais a tomar durante la noche, en unión con el que el Verbo Humanado tomaba durante su estancia en la tierra, y ofrecedle la oración que El hacía velando, por la que vosotros deberías hacer durante la noche.

377 Ofreced a Dios la acción de desvestiros, en unión de aquel acto que realizó Jesús para tenderse sobre la cruz; pensad que El se desnudó con gran dolor y para padecer más por vuestro amor, y que vosotros lo hacéis para descansar con más comodidad; y rogadle que os conceda la gracia de despojaros del viejo Adán que vive tan arraigado en vosotros.

378 Ofreced a Dios el acto de acostaros, unidos a Jesucristo en el momento de echarse sobre la cruz, y rogadle os conceda la gracia de emplear todas vuestras fuerzas internas y externas en su divino servicio.

379 Antes de entregaros al sueño, abandonaos por entero a Dios, rogándole que os guarde durante la noche. Recordad que tenéis que morir y que puede ser ahora, mientras estáis descansando. Repasad en la memoria los puntos de la meditación y dormíos sobre el costado de Jesús.

XXXVII

Imitación del Verbo

380 Esforzaos por imitar en vuestras acciones a Jesús, a quien estáis consagrados; aficionaos a sus virtudes, sobre todo a su mansedumbre y humildad.

381 Que todos vuestros pensamientos, palabras y obras sean una copia de los del Verbo Humanado.

382 Los sarmientos unidos a la vid producen los mismos frutos que ella; del mismo modo, si os unís a Jesús mediante una transformación de vuestra voluntad y amor en la suya, daréis el mismo fruto que El; conseguiréis del Verbo Encarnado, por su imitación, aquellas virtudes que practicó en la tierra, especialmente

una profundísima humildad que os hará sencillos y modestos en vuestras acciones; tendréis un ardiente amor hacia Dios y una verdadera caridad para con el prójimo, tan grande que, por servirle a El, llegaréis a olvidaros de vosotros mismos y de vuestra comodidad.

XXXVIII

Salvación de las almas

383 Uno de los motivos por los que Dios os ha llamado al estado religioso es para que ayudéis a la Santa Iglesia y a la conversión de los pecadores.

384 La principal característica del religioso debe ser el deseo y la búsqueda, no sólo de la propia salvación y perfección, sino de todas las almas de todos nuestros prójimos; porque Dios, al separaros del mundo, no buscaba que os hicierais buenos sólo en beneficio propio; su intención era que ayudaseis a las almas con oración y penitencia y aplacarais su ira divina en pro de los pecadores.

385 Si queréis excitar en vosotros el celo por la salvación de las almas, considerad el

amor que Dios les tiene, lo que Jesucristo ha padecido por ellas y que estas almas son su patrimonio.

386 Si alcanzarais a comprender cuán grande es el valor de un alma en gracia, y cómo se complace Dios en ella, os encenderíais en deseos de salvar a tantas pobres almas que viven en pecado.

387 Si consideráis cuán espantosa y deformes es un alma en pecado mortal, y la vileza de tal estado, no seréis tan negligentes en pedir almas a Dios.

388 Tenéis grandes motivos para humillaros, pues quizás por vuestra negligencia muchas almas estén en el infierno; y si hubierais sido más celosos en encomendarlas con gran amor, y en ofrecer por ellas la Sangre de Jesucristo, lejos de verse sumidas en tales tormentos, estarían gozando de la eterna bienaventuranza.

389 ¿Sabéis por qué estáis tan tristes? Porque no amáis a Dios; más os valdría pensar en la salvación de algún alma, tratar de arrebatlarla con la oración de las garras del demonio y ganarla para Dios. Pedídsela con fe, que os la concederá.

390 Si pudierais contemplar la belleza de un alma en gracia, quedaríais tan enamorados de ella, que no haríais más que pedir almas a Dios; y, por el contrario, si se os mostrara otra en pecado mortal, no podríais hacer otra cosa más que llorar y odiaríais al pecado más que al mismo demonio, procurando al mismo tiempo rezar de continuo por la conversión de los pecadores, sin que os importara sufrir por esta causa lo que fuese necesario.

XXXIX

Amor de Dios

391 El alma puede corresponder en parte a la gran deuda que tiene con Dios, devolviéndole amor por amor.

392 Practicad estos actos de caridad hacia Dios; alegraos de su esencia divina; tened una gran compasión de todo lo que Jesús padeció por nosotros, y desead, sobre todo, cumplir su voluntad.

393 Un acto de amor de Dios es el gozarse y complacerse en su ser y en todas las obras que El realiza en el cielo, en la tierra y en sí mismo.

394 La actividad del alma en este mundo debe ser amor y odio; amar a Dios lo más in-

tensamente posible, y odiarse a sí mismo en idéntica medida; en esto consiste la perfección.

395 Si no podéis realizar tantas obras como los demás, procurad hacer la mayor de todas: amar a Dios con gran pureza.

396 Reparad en esta gran verdad que tan pocos conocen y meditan: que con el más sencillo y pasajero movimiento del corazón, como es un acto de amor o de cualquier otra virtud, podéis adquirir un grado de gloria, que es algo tan alto y sublime, que el hombre no lo puede apreciar, y que además durará eternamente.

397 Amad y padeced, padeced y amad. Estas dos cosas van juntas, porque el amor produce sufrimiento, y el sufrimiento, amor.

398 El que en el noviciado no se convierte en vaso de oro, difícilmente lo conseguirá después; porque, aunque pueda parecerlo, jamás se le podrá utilizar como los auténticos, además de que, al ser falso, no producirá los mismos efectos que los verdaderos.

399 El eterno y divino Verbo quiere que el alma, su esposa, llegue a una santa locura y

una caridad tan grande, que sólo desee ser conocida de El, y que no tenga más pensamiento que éste: dar gloria a Dios y anonadarse a sí misma; que éste sea el objeto de vuestros pensamientos, deseos y conversaciones.

400 Moriréis en caridad si en aquel mismo acto de amor que hagáis a la hora de la muerte os alegráis de toda la felicidad y gloria que Dios posee, y ardéis en deseos de darle todo vuestro amor, como compensación del que debisteis haberle dado durante toda vuestra vida; hacer esto cuando se va a dejar este cuerpo que padece es altamente meritorio.

XL

Tres avisos dados por la santa a las religiosas de su monasterio poco antes de su muerte ⁽¹⁾

401 Que fuésemos celosas en la observancia de nuestra Regla y Constituciones, exponiéndonos a padecer cualquier cosa antes de permitir en ellas la menor relajación, y que, para mantenerlas firmes, eligiéramos siempre superiores dotadas de este santo celo.

402 Que buscásemos con afán en todas las cosas la santa pobreza y sencillez religiosa. Después añadió: “Perdonadme si os he incomodado en alguna cosa relativa a estas virtudes, porque lo he hecho con la convicción de que era

(1) Extractados de su proceso de beatificación, según la Madre María Pacífica Tovaglia.

voluntad de Dios que las alcanzarais; y sigo creyendo que el Señor quiere encontrarlas en este monasterio.”

403 Que nos amásemos y estuviésemos unidas en caridad, formando todas un solo corazón y una sola alma, de modo que nuestro amor a las demás debía ser tan grande que nos alegrase más la felicidad y la virtud en nuestras hermanas que la nuestra, y les consideráramos como instrumentos mucho más aptos que nosotras para honrar a Dios.

INDICE

I n d i c e

Pórtico	<i>Pág.</i>	7
Introducción		9
Datos cronológicos de la vida de Sta. María Magdalena de Pazzi.		13
I El llamamiento divino		17
II La religión, madre nuestra		19
III Regla y constituciones		23
IV Sencillez y perfección religiosa		25
V El trato con las nuevas vocaciones		28
VI Separación del mundo y locutorio		30
VII Obediencia		33
VIII Pobreza		40
IX Castidad		44
X Los tres votos		45
XI Obras espirituales		47
XII El Oficio Divino		48
XIII Oración		50
XIV Examen de conciencia y Confesión		54
XV La Santa Comunión		56
XVI Caridad		62
XVII Trato con los demás		70
XVIII El modo de hablar en silencio		73
XIX Los actos externos		75

XX	Oficios de la religión	78
XXI	El pecado	80
XXII	Temor a caer	81
XXIII	Causas de la tibieza	82
XXIV	Guarda del corazón	84
XXV	Medios para vencer las pasiones	86
XXVI	Los planes de Dios	88
XXVII	Fundados en la virtud	89
XXVIII	La mortificación	93
XXIX	Humillación y reprensión	96
XXX	La humildad	97
XXXI	Mansedumbre y paz	100
XXXII	El sufrimiento	101
XXXIII	Pureza de intención	104
XXXIV	La voluntad de Dios	108
XXXV	Presencia de Dios	111
XXXVI	Trato y unión con Dios	112
XXXVII	Imitación del verbo	121
XXXVIII	Salvación de las almas	123
XXXIX	Amor a Dios	126
XL	Tres avisos dados por la santa a las religiosas de su monasterio poco antes de su muerte	129